

Viaje a Cancún

Estaba atacada de los nervios. En tres horas se suponía que emprendería el que sería el viaje de mis sueños: iba de vacaciones a Cancún con mi amiga Silvia. Nos había costado decidir el lugar, ya que últimamente las cosas estaban bastante chungas para ir a según qué sitios. Pero, bueno, si te tiene que pasar algo, te pasará en España o en la India. ¡Lo que tenga que ser, será!

Acababan de llamar al timbre. Era Silvia, que venía a buscarme. Era la hora de salir para el aeropuerto y sentí que me daría un parraque de un momento a otro. Mientras bajaba por el ascensor, repasé en mi cabeza todas las listas que había ido haciendo para que no se me olvidara nada.

—Verónica, ¿lo llevas todo? —me dijo Silvia—. No te olvides del pasaporte y de los tangas que compramos el otro día...

Mi amiga comentó esto último con cara descarada y soltando una sonora carcajada.

—No me agobies ahora y vámonos, que para tonterías estoy yo —le contesté, metiéndole prisa con las maletas—. Lo único que quiero es tomarme cuatro biodraminas y despertarme en Cancún. Estoy acojonada.

Llegamos al aeropuerto de Madrid para facturar. Volábamos directo con Air Europa. Menos mal. Aun así, nos esperaban diez horas y media por delante, algo que no sabía cómo se lo tomaría mi mente.

—Déjame a mí el pasillo —me pidió Silvia—, que tú te quedas grogui y luego no puedo moverme.

—Sí... pesada —le contesté—. Yo he pedido ventanilla. Ya sabes que no me voy a levantar ni para mear.

Era mi primer vuelo intercontinental y estaba cargada de miedo. A mis 28 años creo que nunca había sentido tanto pánico y emoción al mismo tiempo.

Embarcamos a las 15:10 en el Airbus A330 con destino a Cancún. Me tomé un par de biodraminas, una copa de vino y algo más que llevaba en el bolso. Cerré los ojos, me relajé y esperé que no me molestaran. Si me movía, el mareo estaba asegurado.

No llegué a dormir con profundidad, sobre todo porque, en el asiento de en medio se sentó una mujer mayor que le dio la vara a Silvia durante todo el viaje. Aunque..., ¡benditas pastillas!

A las 18:45 tomamos tierra en Cancún. Yo me pasé todo el viaje medio sopa y, cuando me levanté, tenía dolor de riñones. Creo que, al desembarcar, me llevé incrustado en el trasero el asiento de turista. Silvia bajó del avión con unas ojeras y unos morros hasta Lima. Pero contando desde España y no desde Cancún. Hicimos los trámites rutinarios de aeropuerto y esperamos a que nos vinieran a recoger del hotel.

Vimos un alegre mexicano que sujetaba un cartelito que decía: «Verónica y Silvia». Debajo ponía España y el nombre de nuestro hotel. Hacia él nos dirigimos.

—Hola, soy Verónica y ella es Silvia.

Le entregué los papeles del hotel y la documentación.

—Bienvenidas a Cancún —nos dijo—. ¿Han tenido buen viaje, señoritas?

—¡De lujo! —respondí.

Silvia me fulminó con la mirada. Su viaje no había sido tan agradable por culpa de la señora parlanchina,

pero yo no tenía nada que ver en eso. ¡Que se hubiera tomado la biodramina!

Llegamos al Oasis Cancún, un cinco estrellas con todo incluido. Habíamos cogido una oferta buenísima y el hotel era impresionante, precioso. Estaba en el paraíso y allí me quería quedar a vivir para siempre.

Nos dieron las tarjetas de las habitaciones y los horarios de las comidas. Solo teníamos que disfrutar.

Nuestra habitación tenía vistas al mar. Era muy amplia; dos camas grandes, baño completo, televisión vía satélite, un armario gigante, y una terraza magnífica.

El hotel era enorme, conté más de diez restaurantes y otros tantos bares y cafeterías. En un primer momento, me quedé con el nombre del Ibiza Bar; el resto ya los iría aprendiendo. No llevábamos allí ni media hora y yo ya estaba convencida de que me perdería en aquel impresionante *resort*.

Pero, como mi idea no era quedarme en el hotel toda la semana, Silvia y yo contratamos varias excursiones para conocer las maravillas que nos ofrecía Cancún. El calor era muy pegajoso. Aunque de repente le daba por llover, la temperatura no bajaba y la ropa se te pegaba al cuerpo, así que me fui a la piscina a refrescarme un poco ya que las excursiones no empezarían hasta el día siguiente.

Como había dormitado en el avión y empezaba a afectarme el *jet lag*, no tenía ni pizca de sueño. Silvia también había bajado a la piscina, aunque ella ya no estaba sola. Era amiga mía y compañera de piso desde hacía años, así que ya la conocía bien: no podías despisarte ni un momento porque le gustaban los hombres más que a mí el chocolate. Estaba tonteando con un ru-

bio de ojos azules dentro del agua. Cuando vio que yo me acercaba, se cortó un poco y disimuló. Silvia vino hacia mí dando saltitos en la piscina para presentarme a su nueva conquista.

—Verónica, este es Martín —anunció—. Es de Venezuela.

Me presentó a su nuevo fichaje; estaba que se deshacía con él.

—Encantada. Soy Verónica.

No le hice mucho caso, aunque él no perdía detalle de mi bikini y de lo que había debajo.

—Bonita cicatriz —dijo—. Tiene forma de luna.

Menudo capullo; no se le escapaba ni una.

—Cuéntale lo de tu cicatriz —soltó con voz repelente Silvia. Me daba una rabia cuando se ponía tonta por un tío.

—Es de un accidente. Nada especial.

—Anda, no seas sosa. ¿Casi te mueres y no es nada especial? —siguió Silvia en modo tonta.

Vamos a ver: había venido a disfrutar del Caribe, no a recordar viejos traumas de cuando tenía 20 años. No sé a qué venía sacar ese tema ahora. ¡Ni que no hubiera más cosas de las que hablar en México!

—¿Se lo cuento yo?

Silvia daba saltitos, sonriendo eufórica.

—Déjalo ya, Silvia. El pasado, pasado es.

Me estaba hartando mogollón.

—¡Por favor...! —sabía ponerse tan pesada.

—Fue hace años, en agosto —dije—. Yo estaba en Madrid y un coche se saltó un stop. Iba a llevarse a un niño por delante, así que me puse de parapeto y lo aparté. El coche embistió a un taxi que venía por mi lado y este me dio a mí. Me rompió varias costillas, me dejó

algunas contusiones y me clavé un hierro en el hombro que me dejó esta bonita cicatriz de luna. ¿Contentos?

—Y un mes en coma —añadió mi amiga.

—¡Joder! —dijo Martín.

—Sí, jodida me quedé —respondí con el talante un poco tocado.

—Lo siento, no quería molestarte —dijo el venezolano—. Cambiando de tema: Silvia me ha dicho que mañana vais a Chichén Itzá.

—Sí, tengo muchas ganas de ver la pirámide —le respondí por educación.

—Pues yo también estoy apuntado a esa excursión. Iré con mi amigo Andrés. Nos vemos mañana, pues.

Se alejó diciendo adiós con la mano.

—Hasta mañana —me despedí.

Silvia estaba que se le hacía el culo Coca-Cola y yo estaba a punto de explotar en un cabreo monumental. Me acerqué hasta el borde de la piscina.

—¿Cómo se te ocurre liarte y complicarme las vacaciones con dos desconocidos el primer día? Si quiero un rollo, me lo busco en España; no vengo al quinto pino para aguantar a nadie.

Me salió del alma.

—Pero ¿de qué vas? —me respondió—. Ni que fueras una monja. Yo he pagado este viaje igual que tú y lo vivo como me dé la gana.

—Vengo a disfrutar de mis vacaciones, no a aguantar de dos pelmazos.

—Tú haz lo que quieras que yo haré lo propio, Verónica.

En fin, que nos acostamos cabreadas sin dirigirnos la palabra y de morros. Empezábamos bien nuestro viaje a Cancún.

A la mañana siguiente me vestí con unos pantalones cortitos estilo militar y una camiseta de tirantes verde a juego. Me hice dos trenzas, cogí la mochila, agua y la cámara de fotos. Desayuné en uno de los restaurantes que quedaba más cerca de la habitación. Comí algo de fruta y un zumo natural. Luego fui hacia la recepción a esperar a que bajara Silvia. Media hora después, apareció ella, con minivaqueros enseñando cacha y un top con la barriga al aire. No pude contenerme:

—¡Oye! Que estamos en México y vamos a ver pirámides. ¿No tenías algo más discreto para la ocasión?

Quizá me pasé, pero lo que menos quería en ese país era ir provocando al personal.

—Oye tú, guapa —me espetó—. No eres mi madre. Tú vístete como te dé la gana y deja de mandarme.

Tenía toda la razón del mundo. No sé qué me pasaba y por qué me comportaba así. Habíamos venido a pasarlo bien y no hacía más que cagarla. Así que opté por lo mejor: callarme y no entrar al trapo.

Llegaron entonces Martín y Andrés para la excursión. Andrés era todo lo contrario a Martín. Era moreno, tenía barba, ojos castaños y unos cuarenta años. Del montón, aunque me cayó bien. Por su parte, Martín era el ego personificado. Estaba encantado de conocerse y, claro, Silvia también lo estaba.

Durante la excursión, Silvia y Martín desaparecieron algunas horas. A mí me encasquetaron al bueno de Andrés. La verdad es que era un tío maduro e inteligente y su compañía no me desagradó.

—¿A qué te dedicas, Verónica?

La típica pregunta; poco original.

—Trabajo en una tienda de zapatos.

Tenía la carrera de Farmacia, pero no le iba a dar detalles.

—Yo soy fotógrafo —me informó rápidamente.

—¡Qué profesión tan bonita! —dije.

—¿Me dejas hacerte una fotografía delante de la pirámide?

—No me gusta como salgo en las fotografías —respondí.

—Pero si eres guapísima.

—Venga, vale —cedí—. Pero porque eres fotógrafo.

Sabía que no era una chica fea. Todo lo contrario: me consideraba una chica resultona. Morena de pelo largo y rizado, tenía buen cuerpo y hacía ejercicio. Lo que pasaba es que no me gustaba llamar la atención y era más bien discreta. Tenía muchos tabúes. Todo lo contrario de Silvia.

Pasé un día muy agradable junto a Andrés. A Silvia y a Martín los pillaron en el aseo haciendo de las suyas, así que me desentendí y no metí baza. En el hotel, tras cenar y darme una buena ducha, me fui a dormir. Aquella noche, Silvia se mudó literalmente a la habitación de Martín.

Al día siguiente Silvia no dio signos de vida. Sus dos amigos tampoco, así que me fui sola a Xcaret. No olvidaré nunca ese lugar maravilloso. Era un santuario natural en donde se mezclaba la historia de México con divertidas tradiciones y el esplendor de la cultura maya. Lo pasé genial. Nadé con los delfines y también me sumergí por un río subterráneo. Hice y vi un montón de cosas que Silvia se perdió por echar cuatro polvos.

De nuevo, llegué reventada al hotel. Solo quería tomar algo y acostarme. Al pasar por la recepción, una mujer me llamó:

—¡Señorita Ruiz!

Hacía señas para que me acercara.

—Sí, ¿dígame? —le contesté.

—Un caballero ha dejado este sobre para usted.

—Gracias.

Lo cogí muy extrañada y me fui para la habitación. De camino, pasé por el bar y pedí un bocadillo para tomar en el cuarto. Una vez allí, me descalcé, tiré la mochila sobre la cama y miré el sobre. Lo abrí. Dentro estaba la fotografía que me había hecho Andrés en la pirámide y una nota que ponía: «¡Suerte!».

—Otro pirado de la vida —dije.

A veces me daba por hablar sola. Ya que el pendón de Silvia no estaba, tenía que hacerlo con alguien. En fin, que no me iba a joder el viaje. Al día siguiente venía otra jornada muy prometedora y quería disfrutarla. Ya arreglaría las cosas con Silvia al llegar a Madrid.

Fue otro día de calor pegajoso. Menos mal que nos llevaron a la playa. Tocaba Isla Mujeres. Nos dirigieron al muelle y embarcamos en un barco pirata. Los camareros, el capitán y la gente que trabajaba allí vestían como auténticos piratas. El barco simulaba un viejo galeón de la época. Todo estaba muy logrado: la gente bailaba y se reía, pero a mí no me hacía mucha gracia. No llevaba biodramina y estaba empezando a marearme.

Fui a la proa del barco para sentarme. Delante, al menos me daba el aire. Llevaba un vestido de tirantes corto, con un estampado de flores. El bikini por debajo y unas sandalias atadas al tobillo. Un camarero se acercó a mí, sonriéndome.

—Señorita, ¿le traigo algo de beber?

—No, gracias. ¿Falta mucho para llegar?

—No mucho, señorita.

Se dio media vuelta y se fue. Menuda respuesta de mendrugo. Me había dejado como estaba. Las náuseas querían aparecer en la boca de mi estómago, pero empecé a respirar para controlarme.

Pude ver cómo un morenazo de unos 30 o 35 años me miraba fijamente. Era muy descarado y no se cortaba un pelo. Me lo había cruzado al subir al barco, pero no le presté atención, aunque se ve que él a mí sí.

Me giré y le di la espalda. Seguí despejándome la cabeza con el aire fresco que me daba en la cara. Estaba intentando relajarme y deseando llegar a la isla. El viaje se me estaba haciendo eterno.

—¿Necesitas ayuda?

Me asusté al oír una voz con acento justo pegado a mi espalda. Me giré y casi me choco con sus morros. Me balanceé y el morenazo de antes evitó que me cayese, sujetándome por la cintura.

—¡Joder! —le dije, apartándolo de mí—. Casi me matas del susto

Era tremendamente guapo. Antes no me había fijado, pero, en la distancia corta, el jodido parecía sacado de una revista de modelos.

—No era mi intención asustarte... —respondió, mirándome de arriba abajo.

—Pues quién lo diría

Me estaba poniendo nerviosa. Tenía una mirada muy maquiavélica, no conseguía averiguar qué tramaba, y mi cuerpo estaba reaccionando de una manera que yo desconocía. No podía controlarlo y eso no me hacía gracia. El mareo se hizo más fuerte.

El morenazo desconocido me dijo que no me moviera, que ahora venía. Tenía un acento familiar, pero no sabía de dónde coño era. A los dos minutos regresó

con un poco de hielo envuelto en un trapo y me lo colocó en la nuca.

—Te estás mareando, ¿verdad?

Aquella voz, proveniente de ese cuerpazo, me estaba haciendo sentir cada vez peor..., pero de otra manera.

—No te preocupes. Yo te quito el mareo en un momento.

Me lo dijo de una forma tan sensual que las bragas se me fueron al suelo. Me hubiera echado encima de él allí mismo. ¿Qué le estaba pasando a mi mente calenturienta? Si yo no soy así...

«Verónica contrólate. Este viaje no te está sentado bien».

—Me llamo Marco. ¿Qué hace una hermosa morena como tú sola por estos mares del Caribe? ¿Sabes que corres el peligro de que un pirata te secuestre?

Le miré alucinada. «No caerá esa breva», pensé.

—Yo soy Verónica. Ese acento que tienes...

Me moría de curiosidad; no conseguía reconocerlo...

—Soy de Roma, *bella donna* —me provocaba constantemente.

—Yo vivo en Madrid —le dije como una tonta.

Ese hombre nublabá mi juicio. El italiano no se cortaba un pelo a la hora de mirarme. Yo me sentía atraída por él, como el hierro a un imán gigante, y él se estaba percatando de mi débil situación. Creo que me puse de mil colores.

—Bonita cicatriz. Parece una luna.

Se acercó a mi hombro y besó mi cicatriz. Me separé de él como alma que lleva el diablo. Estaba erizada de arriba abajo. Noté un calor en mi cuerpo que me secó la garganta. Mi corazón iba a mil.

En eso, el barco se detuvo y había que bajar a tierra. Ya estábamos en Isla Mujeres, por fin. No podía haber sido más oportuno. Me despedí de Marco con un gesto de la mano y me fui cagando leches para disfrutar de mi excursión.

Aquel sitio era el paraíso. Mis ojos nunca habían visto nada igual. Si lo que había conocido hasta ahora me había sorprendido, este lugar me dejó sin palabras.

El agua era turquesa, cristalina, y ya podías caminar y caminar que el mar no te cubría. Parecía una piscina natural. Estaba en la gloria, era mi momento, aquella agua maravillosa, tan refrescante... Entonces, unos brazos me rodearon por la cintura y me quedé sin aliento. Noté su respiración en mi cuello.

—Hola, *bella* —me susurró Marco al oído.

—¿Pero con qué derecho te crees? —intenté girarme, pero no pude.

Me tenía sujeta por la cintura y pegó mi cuerpo contra el suyo en tan solo un segundo. Noté enseguida su erección en mi espalda. Estaba duro como una piedra. Se agachó y me susurró a la oreja sin soltarme:

—Preciosa, aquí hay mucho pirata y corres peligro. Yo te protegeré.

Yo me cabreaba y, al momento, mi cuerpo iba por libre porque estaba encendido al sentir a Marco pegado a mí.

—Serás hijo de...

Me di la vuelta para pegarle una bofetada, pero él fue más rápido y me sujetó la mano abalanzándose sobre mi boca. La devoró sin piedad hasta dejarme sin aliento. Yo no pude reaccionar y me dejé llevar por aquel tórrido e inesperado beso.

El agua del mar hervía del calor que emanaban nuestros cuerpos, pero la lucidez regresó a mi mente y

logré librarme de Marco. Huí a la orilla, muy a mi pesar. Estábamos en plena excursión y la gente había hecho un corrillo para ver cómo nos dábamos el lote.

«¡Qué vergüenza!», pensé.

Ese hombre me había puesto caliente, hacía que mi cuerpo perdiera el control y ejercía un poder extraño sobre mí. Parecía que me hubiera trastornado, pero no iba a consentir que me hiciera perder el norte. Había puesto a parir a mi amiga y ahora yo iba por el mismo camino. ¡No lo iba a permitir!

Estaba en la toalla, avergonzada, caliente y rabiosa. Me encontraba en el paraíso, con un tío de película y no estaba disfrutando de ninguna de las dos cosas. Me habían amargado el día. Para colmo, se habían acercado dos guiris despampanantes que no se separaban de Marco. Estaban en la orilla y no hacían más que ton-tear con él. Aquellas dos chorreando y él desafiándome con la mirada desde la orilla.

No aguantaba más esa situación. No entendía por qué ese tío me alteraba tanto. No le conocía de nada y, sin embargo, hacía brincar hasta la última célula de mi cuerpo. Quería regresar al hotel y no podía hacer nada hasta que zarpase el barco. El italiano seguía retándome con la mirada, así que me levanté y fui a dar una vuelta por el pueblo. Esa situación era un calvario para mí.

Fui a cotillear las tiendas y joyerías que estaban abiertas para los turistas. El calor me mataba. Vi un barecito y me paré a tomar un refresco. Aún tenía la garganta seca.

—Por favor, póngame un agua con lima —le dije al camarero.

—¿No le ha gustado la playa? —me preguntó extrañado.

—Sí, es preciosa, pero picaba mucho el sol y me duele un poco la cabeza.

Lo cierto era que, con tanta excitación, sorpresa y sensaciones nuevas que estaba experimentando, me dolía la cabeza de verdad.

—Disculpe, ¿no tendrá algún analgésico? —le pedí al camarero.

—Le preguntaré a mi esposa. Deme un momento. —Y se fue en busca de su mujer.

El camarero tardaba un huevo en venir. La cabeza me iba a estallar. Entre el sol, el mareo que no se había ido del todo y el conflicto de emociones que tenía ruidando por mi mente, parecía que iba a explotar. A los cinco minutos apareció con una pastilla.

—Perdone la tardanza, señorita. Me acerqué a aquella casa a buscarla. Tome, aquí la tiene.

Me entregó una pastilla que no llevaba ninguna marca. La miré con un poco de desconfianza. Había estudiado Farmacia y conocía bien los medicamentos.

—Señorita, esto es México —me sonrió—. Los medicamentos son muy básicos, pero mi mujer dice que esa pastilla le quitará el dolor.

Me dolía la cabeza a rabiar. La pastilla parecía un simple paracetamol, así que me la tomé. Y seguí sentada, disfrutando de mi bebida y esperando a que se me pasara el dolor de cabeza. A lo lejos, vi que se acercaba alguien, pero yo empecé a sentirme mareada. Seguro que la tensión me estaba bajando. Mi visión se nubló. Alguien se acercaba más y más, pero el mareo crecía y no podía ver bien. Antes de desmayarme, oí la voz de Marco diciendo:

—Ya te dije que aquí corrías peligro con los piratas, preciosa.

Y todo se volvió negro.

Me desperté en una habitación al lado de la playa, aturdida y desorientada. No tenía ni puñetera idea de dónde estaba ni qué había pasado. La habitación tenía dos puertas y una daba directamente a la playa. No entendía nada de lo que estaba pasando hasta que entró Marco en la habitación con la mejor de sus sonrisas.

—¿Cómo estás, preciosa? —me sonrió maquiavélicamente.

—¿Pero tú de qué vas? ¿Qué coño hago aquí? —le dije.

Empecé a soltar sapos por la boca y a exigirle que me llevara al hotel o llamaría a la policía.

—Inténtalo —me soltó como si nada—. Aquí no hay teléfono ni nada con lo que te puedas comunicar en muchos kilómetros a la redonda. Estamos solos tú, yo y esta maravillosa playa paradisíaca.

—Será una broma.

No daba crédito. No me lo podía creer. ¿En serio me estaba pasando esto? ¿Me había secuestrado un macedonio italiano en México?

«¡No puede ser! Esto tiene que ser una cámara oculta...».

—¡Tienes que llevarme al hotel! Allí se darán cuenta de mi ausencia y llamarán a la policía —le dije cagada de miedo y con la voz temblorosa.

—No te preocupes. Está todo solucionado. Hasta tu amiga está avisada. Soy una persona muy convincente y suelo conseguir lo que quiero. Y, en este momento, lo que quiero eres tú.

Su voz ahora me daba miedo.

«¡Será hijo de puta!».

¡Ni que fuera yo una cabra que se puede comprar en el mercado! De verdad que no podía ser real. Abrí la

puerta que daba a la playa y eché a correr como si me fuera la vida en ello. Miré hacia atrás y no me seguía.

«¡Bien! Lo había conseguido!», me dije. Pero... ¡hostias! Frené en seco cuando vi venir hacia mí dos perros que parecían caballos. Di media vuelta y volví a entrar en la casa, cerrando la puerta. El italiano tenía una sonrisa de satisfacción en la cara que me daba ganas de rompérsela en mil pedazos. Se había salido con la suya. Mi orgullo había sido pisoteado como una cucaracha.

Me eché a llorar de la impotencia e intenté golpearlo. La rabia hizo que me hirviera la sangre y corría por mis venas como el peor de los venenos.

—Estás loco —le dije sollozando—. No puedes retenerme aquí, esto no está bien.

—*Amore*, no llores, me partes el corazón.

Venía peligrosamente hacia mí.

—¡Yo no soy tu amor, imbécil! —le grité, pero él sonreía y continuaba acercándose.

Intentó abrazarme, pero lo rechacé. No le importó. Me cogió en brazos como un bestia y me tiró en la cama. Me quedé sin aliento. Se tiró encima de mí y empezó a estrujarme los pechos y a besarme como un poseso. Quise protestar, pero él ahogaba mi boca con la suya. Yo rechazaba sus besos y quería quitármelo de encima, pero empezó a encender una llama dentro de mí que no iba a poder controlar.

Mi cuerpo volvía a ir por libre mientras mi mente luchaba contra el frenético deseo de Marco. Era demasiada pasión sexual la que ese italiano encendía dentro de mí y ya no podía apagar la mecha que había prendido. Me susurró al oído:

—Lo que quiero lo consigo...

Lo que quería y había conseguido, con trofeo incluido, era yo. Volvió al ataque hacia mi boca y su lengua ardiente devoraba la mía. Era imposible resistir más esa frenética excitación. Le devolví con pasión los besos y entrelacé mi lengua con la suya. Esa fue mi perdición.

Al devolverle los besos, Marco se volvió loco y ya no controlaba la lujuria y el deseo que llevaba dentro. Su abultada entrepierna hacía presión sobre mí. Yo notaba que empezaba a humedecerme. No quería, pero era inevitable. Mi lucha interior me estaba matando. Sabía que aquello no estaba bien, pero ese hombre ejercía un poder sobre mí que ni yo misma conocía.

Me rasgó el vestido de un tirón para tener acceso a mis pechos y poder saborearlos con su boca hambrienta de sexo y deseo. Ahogué un grito de sorpresa y excitación.

—*Amore*, deseaba tanto este momento —me decía una y otra vez.

Mientras se deleitaba con su manjar, sus manos iban indagando en mi vagina. Me estremecí de placer. Lo que me hacía sentir, me estaba volviendo loca.

Noté cómo su polla se endurecía y crecía por segundos. Quería salir y estaba a punto de reventarle en los pantalones.

—Marco, para, déjame ir —le dije jadeando en un último intento a la desesperada.

—*Amore*, te voy a hacer mía y tú también lo deseas —me susurraba mientras seguía insertando sus dedos en mi vagina.

—No...

Era un *no* ahogado, lleno de placer. No era creíble ni de coña. Lo que le excitó aún más. Parecía que me iba

a devorar literalmente. La excitación que tenía era extrema, se había arrancado la ropa y ahora podía ver su cuerpo desnudo. Era como el *David* de Miguel Ángel: perfecto, hermoso. Rezumaba sexo por todos los poros de su cuerpo.

Estaba empapada. Él seguía con sus dedos dentro de mí, jugaba con mi clítoris, me mordía los pechos, me succionaba la lengua. Yo ardía por los cuatro costados.

—Así, *amore*, disfruta, no luches.

Cómo me ponía su voz. No sé qué se me cruzó por la mente, pero mi mano no pudo evitar tocar ese hermoso y perfecto pene. Nunca había visto uno tan grande. Se puso loco, le pilló por sorpresa. Su excitación subió de tono y su cara parecía diabólica. Me agarró como una muñeca hinchable y me dio la vuelta.

Me quedé quieta. Ni siquiera respiré. Con un hombre así, no sabías que esperar. Al fin y al cabo, acababa de ser secuestrada y, casi, violada.

Me estremecí. Su boca se posó en todo mi coño por detrás y casi subí al cielo del gusto. No es que yo fuera una santa, pero eso nunca lo había probado: empezó a follarme con su lengua. Dios, ¡cómo sabía el italiano! ¡Qué habilidad en idiomas! Su lengua jugaba dentro de mi vagina y yo ardía como perra en celo. Ahora la que quería más era yo.

—¡Dios! —salió de mi boca sin poder evitarlo.

—Prepárate ahora, *amore*. Voy a entrar dentro de ti.

Me dio la vuelta y su pene estaba más duro todavía. Quería probarlo, quería chuparlo, quería... Se tiró encima de mí y me penetró como si le fuera la vida en ello. Solté un suspiro y jadeé de auténtico placer.

Eso le ponía cachondo y se le podía notar en la cara. Sentía dentro de mí lo grande que era su pene,

cómo rozaba las paredes de mi útero. Estaba en peligro; como siguiera follándome con esa fuerza y esa bestialidad, me iba a partir en dos.

—Eres perfecta, deliciosa —decía, y luego continuaba embistiéndome con más fuerza, como si tuviera miedo a que me escapara.

Se puso de pie, conmigo encima, como una muñequita acoplada a él. Me agarró por detrás de las rodillas y seguía con sus embestidas. Yo creía que iba a perder el conocimiento del placer que me daba. Nunca nadie me había tocado ni follado como lo estaba haciendo Marco.

Me llevó hacia la ducha, sin sacarla y sin parar de dar empujones en mi vagina, que lo recibía con un placer y unos fluidos que le empapaban las piernas. Abrió el agua y allí, contra la pared de la ducha, siguió con sus embestidas. Yo gemía y él gemía; la lujuria estaba desatada.

Marco no se cansaba de mí y yo me dejaba hacer. En la ducha, me puso de pie y de espaldas contra la pared. Otra vez las embestidas de aquel majestuoso *David* hacían que me temblaran las piernas. No creí poder seguirle el ritmo. Mi cuerpo empezaba a resentirse ante aquella paliza sexual.

—Marco...

Pero no me dejaba hablar. Cada vez que intentaba hacerlo, saqueaba mi boca y me dejaba muda, anulando mi voluntad.

—Tranquila, preciosa.

Notó que me estaba cansando y, debajo de aquella deliciosa agua, acercó una pequeña silla de baño y se sentó. Hizo que me acercase a él. Yo seguía de pie, frente a él, y me atrajo hacia su boca para devorarme el coño como un lobo hambriento.

Sus ganas de sexo eran insaciables. Su lengua entraba y salía de mi interior. Yo tenía que hacer mil piruetas para no caerme, pero él me agarraba por las nalgas y me acercaba más a su cara. No tenía ninguna piedad de mi entrepierna. Tuve el orgasmo más bestial de la historia. Se lo bebió todo y se empalmó todavía más. Sonreía y me susurraba a cada momento:

—Lo que quiero lo consigo...

Me lo decía cada dos por tres. Podía repetírmelo mil veces, aunque ya me había dado cuenta de ese detalle. Lo estaba sintiendo muy profundamente. Pero a mí también me gustaba conseguir cosas y este se iba a enterar ahora. Total, yo ya había dejado mis tabúes y mis vergüenzas a un lado. Después de lo que me estaba haciendo Marco, ya todo me daba igual. Iba a disfrutarlo y punto.

Seguía sentado en la silla de baño y el agua caía sobre nuestros cuerpos. No le di tiempo a reaccionar, me arrodillé y me metí su flamante polla en la boca. Esta era la mía. Lo pillé por sorpresa, porque casi se cae de la silla. Los ojos se le salían de las órbitas. Al principio quiso apartarme, pero luego me agarró de la cabeza y empezó a instarme a que siguiera. Ardía de placer. Yo chupaba y chupaba como si fuese un polo de fresa. Me la metía y la sacaba, disfrutando el sabor. Marco me dio un empujón que casi provocó que me atragantara, de lo grande que la tenía, pero enseguida se dio cuenta y se controló.

Yo continué chupando aquel capullo perfecto, sintiendo cómo las venas se hinchaban, a punto de correrse. Saboreé aquella majestuosa perfección de la naturaleza. Su excitación se reflejaba en todo su cuerpo. No aguantaría mucho más; lo estaba llevando al límite. Era mi pequeña venganza sexual.

Tenía cara de loco. Se estaba reprimiendo, así que jugueteé con mi lengua mientras con mis manos le acariciaba los huevos. Ya no pudo aguantar más. Contuvo una especie de gruñido y un líquido cálido y blanco se deslizaba por mi boca hasta llegar a mis pechos. Menos mal que estaba sentado, porque se fue contra la pared, exhausto. Era la primera vez que yo hacía algo así. Este hombre había despertado al putón más grande que llevaba dentro de mí.

Nos quedamos los dos durante un buen rato en la ducha, mientras el agua seguía corriendo por nuestros cuerpos desnudos y cansados.

—*Amore*, eres única —me dijo, exhausto—. He tardado mucho en encontrarte.

—Seguro que sí, Marco —le dije irónicamente.

A saber cuántas habrían pasado por el aro.

Cuando se recuperó un poco, nos duchamos. Me acariciaba la espalda con jabón. La bestia se había marchado y ahora quedaba el hombre cálido y cariñoso. Me llevó a la cama y nos quedamos dormidos. Era de madrugada cuando algo me despertó. Yo estaba durmiendo de costado y Marco se abrazaba a mi espalda. Lo que me había despertado era la polla de Marco, que se había acoplado a mi vagina de nuevo y empezó con sus flamantes embestidas mientras agarraba mis pechos para poder coger impulso y darme como a él le gustaba: bien fuerte.

Al principio pensé que estaba soñando, pero entonces abrí los ojos como platos cuando empezó a coger ritmo y fuerza. Me dio media vuelta y me dejó boca abajo, con todo su peso encima de mí. Me estaba besando el hombro, la nuca y el cuello. Me había inmovilizado las manos. Me tenía bien sujeta por las muñecas y apenas podía moverme.

—Me encanta todo de ti, hasta tu cicatriz.

Uf, cómo me ponía... Él me follaba una y otra vez como si fuera su trofeo. Estaba a su merced y a mí no me importaba mientras me diera ese placer que tanto me gustaba. Mi excitación era palpable. No es que fuese una mujer sumisa para nada, pero ese hombre sabía lo que se hacía y me estaba volviendo loca de auténtico placer sexual. Tenía fijación con mi trasero. Me lo levantó un poco y me puso a cuatro patas. Noté la dureza de su polla dentro de mí. Me penetró con más cuidado, sabiendo que podía hacerme daño. Me folló a cuatro patas mientras sus manos masturbaban mi clítoris al mismo tiempo. Estaba en una nube de pasión, sexo y perversión. No quería que se detuviera...

—¿Y ahora qué? —dije en voz alta.

—Tranquila, *amore*. Tú confía y disfruta.

Se tumbó en la cama boca arriba. Su polla estaba erecta, era increíble. Me manipulaba como una muñeca de trapo y me senté encima de él, pero dándole la espalda. Empecé a moverme como una culebra encima de su polla y mi coño se empapó del placer de la postura en que me había puesto. Seguí moviéndome encima de Marco y él reprimió un gruñidito. Estaba muy excitado.

—¿Te gusta que te folle?

Me negaba a contestar a esa pregunta. Él insistió, no se iba a quedar con la duda.

—Contesta, *amore*: ¿te gusta que te folle?

Como no respondía, me agarró fuerte del trasero y me la metió bien hasta el fondo. Me dio tres o cuatro embestidas que me dejaron sin aliento.

—Sí, sí. Fóllame Marco —respondí, gritando de placer—. Me encanta.

Me tumbé hacia sus pies y dejé todo mi trasero como si fuera la pantalla de un televisor ante sus ojos.

Seguí moviendo mis caderas y frotando mi clítoris contra su pubis. Me contoneaba, provocándole, haciendo que mi vagina bailara sobre su polla.

—Eres mala, me vuelves loco.

Su voz era excitación pura y dura. Logré mi objetivo y se excitó como un poseso. Agarró mi trasero otra vez y empezó a moverse rápido. Estallé en un orgasmo y él lo hizo también mientras tenía agarrado aún mi trasero, como si quisiera dejarme grabadas sus manos. No podía más. Si iba a tenerme como una esclava sexual, me mataría.

Me quedé dormida hasta la mañana siguiente. Me despertó con el desayuno y una sonrisa.

—Buenos días, *amore* —dijo tan normal, como si nada.

—Buenos días.

No era capaz de mirarle. Me moría de la vergüenza. Había vuelto la Verónica sensata, la puritana, la realista. Pero esa situación no podía continuar así. ¡Me había secuestrado! Aunque estaba claro que yo tampoco le había puesto demasiados impedimentos. Lo había pasado en grande, pero entonces, con la cabeza fría, no tenía ni pies ni cabeza. Había que volver al mundo real; esto se quedaría entre él y yo. Siempre que me dejara ir...

«Madre mía, Verónica, ¿en qué putón te has convertido?», pensé.

Terminé el desayuno. Quería hablar con Marco para que me llevara al hotel. Yo no diría nada, pero que me dejara ir. No hizo falta. Empecé a marearme y la vista se me nubló de nuevo.

—No, otra vez no...

Fue lo único que me dio tiempo a decir. Después todo se volvió negro.

—Verónica, despierta. Tenemos que hacer las maletas para coger el avión.

Era Silvia, toda nerviosa y agitada. La escuchaba lejana, como si tuviera una mala resaca. Abrí los ojos.

Estaba en el hotel, aturdida.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desorientada y con dolor de cabeza.

—¿Es que no lo recuerdas? —Silvia me miraba con cara de asombro.

—Perdona, Silvia —dije, empezando a encabronarme—. No me acuerdo una mierda. ¿Qué día es hoy?

—Pues sí que la has pillado gorda. Ya nos dijeron que en la excursión te habías mareado y, luego, con el tequila, ya ha sido el colofón. Has estado dos días mala en Isla Mujeres. Te han traído esta mañana y ya tenemos que irnos. Quise ir a verte, pero no me dejaron. Dijeron que estaba todo controlado.

Fue la historia que me contó Silvia. Pero a mí no me salían las cuentas. Había pasado una noche con Marco. Me acordaba perfectamente. ¿Qué sucedió el otro día?

Opté por no decir nada. Total, no me iban a creer. Así que me levanté y me puse a hacer la maleta. No lo había soñado, había sido real; es lo que me iba a llevar. Solo me quedaba la duda del día perdido. Nunca lo sabría...

—Perdona por haber pasado de ti en el viaje y por el enfado —dijo Silvia—. Sé que Martín al final era un rollo de viaje, pero me apetecía, Verónica. No quiero que te enfades ni que me juzgues.

—Para nada. Perdóname tú también. La verdad es que la vida hay que disfrutarla y más cuando se presentan cosas que no te esperas. De verdad, Silvia.

Era la menos indicada para juzgarla. Si ella supiese... Nos abrazamos, nos perdonamos y las dos amigas que salieron de España «casi» decentes, en Cancún vivieron una experiencia a lo putón verbenero. Pero, bueno, que nos quiten lo bailado. Así que, ¡viva Cancún! ¡Y viva Italia!